

UGARTECHE, Óscar y Eduardo MARTINEZ. *La Gran Mutación: El capitalismo real del siglo XXI*. México D.F. y Lima: Lápix editores, 2013.

En el contexto inmediatamente posterior a la crisis económica del 2008 surgieron diversas interpretaciones sobre las razones detrás del colapso financiero, así como nuevas explicaciones sobre la naturaleza del capitalismo tardío post-fordista. *La Gran Mutación: El capitalismo real del siglo XXI* es un trabajo reciente del economista peruano Óscar Ugarteche, en colaboración con el profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) Eduardo Martínez-Ávila. En él, los autores buscan mapear las coordenadas del capitalismo financiero contemporáneo, explorando tanto los procesos históricos y diversas reformas mediante los cuales la economía fue reconfigurándose en un modelo distinto del paradigma fordista basado en la productividad, que imperase durante la etapa de la posguerra, así como la manera en que las características inmanentes al nuevo modelo habrían desencadenado la reciente crisis financiera. Ugarteche y Martínez-Ávila destacan la manera en que dicha crisis se ramificaría más allá del terreno de lo económico, manifestándose consecuencias en ámbitos diversos pero entrelazados, como lo serían la política internacional, la demografía, la seguridad, la ecología e incluso el género (y por supuesto, la academia).

Esta amplitud del espectro de la crisis lleva a los autores a destacar desde el inicio de la obra lo que para ellos sería el carácter “epocal” de aquella: esto es, si las grandes crisis de 1825, 1872 y 1929 dieron paso a la modernidad tal como la conocemos hoy, la crisis del 2008 y sus consecuencias marcarían el inicio del tránsito a una nueva época, de características que aún permanecen indefinidas en gran medida, pero que claramente se aleja de la realización de las promesas de progreso y transformación de la naturaleza que históricamente impulsaron la racionalidad moderna.

Para cumplir con los objetivos del ensayo, Ugarteche y Martínez-Ávila recurren no solamente a la teoría económica y a los datos financieros e históricos, sino que también aprovechan los recursos ofrecidos por otras disciplinas como la sociología y la filosofía. Es interesante, por ejemplo, la manera en que emplean las ideas del francés Michel Foucault para resaltar el papel de la formación de la subjetividad en relación al mantenimiento de la forma actual del capitalismo. Asimismo, el lenguaje sencillo empleado por los autores, así como la manera didáctica con que exponen sus análisis y propuestas, hacen del texto un trabajo ampliamente accesible para aquellos lectores poco familiarizados con los aspectos más complejos de la teoría económica contemporánea.

En lo que respecta a la estructura general de la obra, esta está dividida en tres secciones. En la primera, los autores se expresan sobre la naturaleza compleja de la crisis y sus aristas financieras. A su juicio, la “financiarización” en que nos hallamos inmersos habría dado lugar a una economía ficticia, ampliamente mayor que el Producto Interno Bruto (PIB) mundial real, controlada en gran medida por el complejo financiero bancario de Estados Unidos y el Reino Unido. Los instrumentos financieros habrían dejado de servir

como el medio entre el ahorro y la inversión-producción y consumo para pasar a ser objetos de inversión en sí mismos, lo que quedaría reflejado, en primer lugar, en la marcada tendencia de los bancos, iniciada en la década de 1980 y fomentada por las teorías de la Escuela de Chicago, a priorizar la inversión antes que el préstamo.

Sin embargo, puesto que la riqueza mundial proviene de la producción real, la excesiva concentración del ingreso mundial y de los ingresos nacionales se convertiría en una exigencia, así como la creciente liberalización de los mercados. Desde esta óptica, la crisis financiera en Estados Unidos y Europa se explica como una crisis financiera de sobreproducción (nacida de una crisis general de la productividad), mientras que el auge reciente de las economías del hemisferio sur aparece como una consecuencia de la especulación sobre los precios de las materias primas (tratándose en última instancia de un crecimiento efímero). Asimismo, actividades como la guerra, que en etapas previas del capitalismo servían para reactivar la economía, habrían pasado a dar ganancias exclusivamente a los sectores privados involucrados en la industria del armamento.

Por ello, Ugarteche y Martínez-Ávila señalan que en el contexto de la crisis, el posicionamiento hegemónico no se traduciría en la distribución de la riqueza o en las políticas públicas dentro de un suelo nacional concreto, sino en la ganancia de los sectores privados, en el hacer negocios de bancos y empresas. Esto se traduciría en costos sociales de diversa índole que se ramifican a partir de la fuerte tendencia a la privatización, que no perdona bienes comunes como el agua o el aire. Por otro lado, las interconexiones en el sector financiero, al trascender las demarcaciones geopolíticas producirían efectos dominó que se esparcen en el panorama mundial partiendo de las actividades financieras del bloque anglosajón, lo que explicaría el rápido contagio de la crisis desde Estados Unidos al resto del mundo.

En el segundo apartado del ensayo los autores problematizan la pervivencia del sistema financiero internacional. Ugarteche y Martínez-Ávila consideran que en el contexto actual no podría hablarse de un “sistema” financiero, si por ello debemos entender un conjunto de instituciones financieras ordenadas según una misma serie de reglas y principios que buscarían llevarlas a la realización de un mismo objetivo. Su argumento se basa en la diferenciación, a su juicio arbitraria, entre bancos “muy grandes para quebrar”, y por ello propensos a ser rescatados por los gobiernos, y otros que no cumplen con ese requisito. Tal circunstancia pondría en evidencia que los diversos actores del mundo financiero operarían con reglas distintas, pudiendo algunos darse el lujo de ser especialmente descuidados en su búsqueda de ganancias, lo que se explicaría por la elección constante desde los años de 1970, en el caso de los Estados Unidos, de Secretarios del Tesoro provenientes del sector financiero. Para los autores, la vinculación explícita entre la política y el sector financiero; es decir, la manera en que este último absorbe los recursos del Estado para su propio beneficio, sería crucial para comprender el devenir del capitalismo contemporáneo.

En la tercera sección, finalmente, se hace una revisión de la historia de la “financiarización” del capitalismo y su tendencia a la concentración del ingreso (que Ugarteche y Martínez-Ávila ven como el principal objeto de dicha financiarización). Dicha historia habría iniciado en la década de 1970 con el deterioro del patrón productivo fordista, lo que redujo la productividad del trabajo y la producción anual en relación con las inversiones en el capital fijo. El nuevo protagonismo de las tecnologías informáticas y de comunicación habría llevado a una transformación de la actividad económica internacional, haciendo esta última incompatible con el paradigma económico keynesiano. Sumado a esto, la caída de la convertibilidad dólar-oro habría llevado a una reestructuración de las economías a lo largo de la siguiente década, a partir de la implementación de políticas económicas basadas en la austeridad y el aumento de las tasas de interés (que, como señalan los autores, serían muy similares a las que actualmente impone la Troika a las economías europeas endeudadas).

A juicio de Ugarteche y Martínez-Ávila, estos factores habrían llevado a un paulatino desplazamiento del sector productivo en favor del sector financiero en las actividades económicas, promoviendo altas utilidades de la banca internacional y las empresas transnacionales, y dando pie a la volatilidad de los mercados cambiarios, de valores y de materias primas (así como a la desarticulación interna de las economías nacionales que tiene como contraparte el enlazamiento global del sector financiero). La tesis de los autores aquí es que esto habría conllevado inevitablemente a la concentración del ingreso mundial y de los ingresos nacionales, generando una brecha entre países “desarrollados” y “subdesarrollados” que no habría dejado de aumentar desde los años ochenta hasta la fecha.

Ugarteche y Martínez-Ávila van considerando en la medida en que reconstruyen sus argumentos las consecuencias no-económicas del proceso descrito, prestando particular atención a las crisis sociales y ecológicas producidas por la precarización del trabajo y el fomento de una economía internacional que a todas luces tiene como principal beneficiario al sector financiero. Hacen hincapié, asimismo, en la inadecuación de la teoría económica neoclásica para dar cuenta de los actuales procesos civilizatorios y, en qué medida, como una consecuencia inmediata, puede cumplir un papel importante la ortodoxia en la academia económica en mantener y fomentar los problemas estructurales que describen sin lograr aprehenderlos de manera correcta. Si bien los autores no ofrecen en este ensayo una alternativa clara al actual panorama, mantienen la convicción de que el momento del ideal moderno del progreso ha pasado, y que se hace necesaria la consideración de nuevas y distintas racionalidades para enfrentar los problemas que el capitalismo del siglo XXI plantea, así como la necesidad de realizar un nuevo mapeo de sus procesos fuera del canon heredado por las aproximaciones hayekianas y friedmanianas.

Sebastián León de la Rocha
Departamento de Humanidades
Pontificia Universidad Católica del Perú